

VIVIR
EN EL
SONIDO
DEL
VIENTO



Wilson, Jason

Vivir en el sonido del viento: una biografía de Guillermo E. Hudson,
naturalista y escritor del Río de la Plata / Jason Wilson. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires: El Ateneo, 2022.

432 p.; 23 x 16 cm.

Traducción de: Camila D'Angelo.

ISBN 978-950-02-1283-0

1. Biografías. I. D'Angelo, Camila, trad. II. Título.

CDD 508.092

Vivir en el sonido del viento

© Jason Wilson, 2022

Título original: *Living in the Sound of the Wind*

Derechos mundiales para todas las lenguas

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2022

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4943 8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Carolina Genovese

Traducción: Camila D'Angelo

Producción: Pablo Gauna

Diseño: Marianela Acuña

1ª edición: agosto de 2022

ISBN: 978-950-02-1283-0

Impreso en Arcángel Maggio,

Lafayette 1695,

Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en agosto de 2022.

Tirada: 2500 ejemplares

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

JASON WILSON

VIVIR

Una biografía de

EN EL

Guillermo E. Hudson,

SONIDO

naturalista y escritor

DEL

del Río de la Plata

VIENTO



Traducción de Camila D'Angelo

 *Editorial El Ateneo*



Para Andrea.

Índice

1. Rastros de Hudson (1841-1922) en Inglaterra y en Argentina	9
2. Familias felices	47
3. Ombúes, gauchos, indios, Urquiza y Rosas	76
4. La enfermedad y el origen de un autodidacta	120
5. Crecer en las pampas	151
6. Los animales y las aves de las pampas	183
7. El enigma de la llegada a Inglaterra	202
8. El alimento y los pensamientos carnales	221
9. Las aves del mismo plumaje	251
10. La confusión bilingüe y el estilo literario	280
11. Amistades y rivales científicos	295
12. Amistades y conocidos literarios	308
13. La Inglaterra rural y los molinos industriales	342
14. La Gran Guerra y la muerte de Hudson	379
Epílogo	400
Bibliografía	405
Agradecimientos	430

“Uno no quiere recomendar el libro, sino recibirlo como a una persona, y no la persona fragmentaria e imperfecta de la autobiografía ordinaria, sino una persona íntegra y plena a quien conocemos rara vez en la vida o en la literatura”.

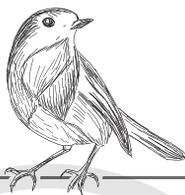
Virginia Woolf, en una reseña de *Allá lejos y hace tiempo*, de W. H. Hudson, de 1918.

“Saber que has podido leerme sí que es una buena noticia; pues uno no escribe más que la mitad del libro, la otra depende del lector”.

Joseph Conrad, en una carta para Robert Cunninghame Graham, del 5 de agosto de 1897.



CAPÍTULO 1



Rastros de Hudson (1841-1922) en Inglaterra y en Argentina

El trabajo y la imagen pública de W. H. Hudson han fluido sin rumbo ni tiempo. Fue uno de los novelistas y naturalistas más reconocidos de su época en Inglaterra, y pensar en él es ingresar en un lugar de devoción y sentimentalismo. Es tal la fascinación que produce que su trabajo está casi más allá de la crítica literaria, pues se lo ama o se lo ignora. La mayoría de la audiencia pertenece al segundo grupo, a menos que la sola mención de su nombre provoque una debilidad que trascienda las categorías literarias. Sin embargo, es probable que los argentinos lo consideren uno de ellos, que traduzcan las iniciales *W. H.* a los nombres cristianos *Guillermo Enrique* y que lo lean en español. Incluso en

esa época y con un título tan atractivo, su publicación más importante, *Allá lejos y hace tiempo*, de 1917, es uno de esos libros que se dan como premio escolar y permanecen sin ser leídos. Por eso, muchas veces me vi tentado de actualizar a Hudson, de rescatarlo de sus admiradores y volverlo moderno, pero no había hecho más que acumular sus trabajos incompletos, que compraba de vez en cuando en librerías de segunda mano.

Su identidad conflictiva como argentino y su nacimiento en una familia estadounidense desterrada apelaban a mis propios dilemas como inglés. Siempre me desconcertó mi origen y el lugar a donde pertenezco. Con una familia proveniente de la isla Mauricio, con una madre noruega y al haber vivido en Londres desde los siete años, toda la vida luché por saber cuál es mi lugar. Y el asunto se complica aún más: mi padre mauriciano, Frank Avray Wilson, le dio la espalda a la isla tropical que lo vio nacer, de hecho, la odiaba, y zarpó hacia la vida del Tachismo o la pintura expresionista abstracta en Londres, en la década de 1950. Se formó en Cambridge como científico naturalista e intentó, intelectualmente, reducir la brecha entre el arte y la ciencia (prefería parafrasearlo así, en términos generales) al escribir varios libros sobre el tema. De igual manera, Hudson también le dio la espalda a Argentina, y vivió y escribió entre los mundos científico y artístico. Nadie de mi familia se reconoció jamás como inmigrante ni exiliado. Al provenir de una sociedad colonial como la isla Mauricio, tenían la promesa de una Inglaterra imaginaria como hogar espiritual. ¿Acaso Hudson no se guio por la misma promesa al mudarse al país europeo? De todos modos, noté con

claridad el encanto de la Inglaterra soñada recién al indagar sobre las raíces de Hudson y su “inglesidad” adoptiva. Había creído por un largo tiempo que, al igual que mi padre, yo era inglés.

No era extraño que mis padres prefirieran vivir en Francia, a donde se mudaron en la década de 1960, ya que la isla Mauricio era tan francesa como inglesa. Pero fue la vida de mi madre lo que acrecentó el misterio de mi identidad. Luego de su muerte, en 2008, descubrí que era una hija ilegítima nacida en Estocolmo, y no en Oslo, como decían todos sus documentos. Ella guardó silencio con respecto a su origen e ignoró a su madre biológica a sabiendas. Lo único que yo sabía de ella era su fecha de nacimiento, que estaba en el registro de la parroquia de Estocolmo, y pude localizarla dos años después de su fallecimiento. En la familia se especula mucho acerca de quién fue nuestra abuela y quién era nuestro anónimo abuelo. Sin embargo, nuestra madre pudo haber conocido a nuestra abuela, y no quiso hacerlo. Muchas familias han atravesado dramas de este tipo y los han reprimido, no es nada nuevo ni inusual, pero aquella decisión afectó a sus cuatro hijos. Por otro lado, ella desarrolló un apego por su madrastra aristócrata e inglesa, Alice Higford, y sus valores de clase. Y por eso “Inglaterra” se convirtió en el hogar con el que mis padres soñaban, hasta que efectivamente llegaron a Londres en 1950.

Mi punto es que la integración precavida de mis padres en el país y en sus valores de clase fue silenciada por completo. Al igual que la de Hudson a fines de la década de 1870. Entonces, a través de mi investigación sobre él, comencé a comprender estos estúpidos conflictos de pertenencia, sin saber que iban a continuar en el

futuro por haber sido negados antes. Incluso me casé con Andrea, que proviene de Argentina, y tuvimos tres hijas. Eso condujo a que mi confusión de identidad llegara más hondo dentro del oscuro pozo metafórico. Tuve la sensación de que detrás de la prosa casual de Hudson había un submundo y que sus conflictos de origen reflejaban los míos.

Ahora me doy cuenta de que mi acercamiento al problema de mi identidad ha estado muy ligado a los libros. Me convertí en profesor universitario, escribí libros sobre Octavio Paz, Jorge Luis Borges y Pablo Neruda y asimilé la aventura surrealista. Pero, al igual que todos los surrealistas secretos, sabía que los finales del mundo no eran como los de los libros. Mi impaciencia con el aprendizaje erudito hizo que nunca completara mi doctorado. Podría ser simplemente porque crecí con la generación *beat* estadounidense, los surrealistas franceses y latinoamericanos, Camus y Sartre. Era un cosmopolita orgulloso. Al comienzo de la década de 1960, Inglaterra me parecía muy pueblerina, sumida en la tradición y la historia nacional y de clase, por lo que busqué la libertad de un nuevo mundo. Aunque Hudson, nacido en las pampas, sea un extraño, una figura distante, encerrada en un pasado remoto, intuyo que conserva algunas pistas útiles para nuestros dilemas del siglo XXI. Después de establecerme con mi esposa argentina, comencé a explorar sus turbaciones tanto en su tierra de nacimiento como en su país adoptivo.

Me topé con la contradicción habitual: él era un escritor de ficción y de historia natural y, aun así, superaba a sus trabajos. El novelista inglés Morley Roberts creía que era primero hombre

y luego escritor y que su amigo Hudson era inconmensurablemente mejor que sus libros. Por supuesto, esa era su opinión, pero tal vez fuera cierto. El enfoque biográfico de este naturalista discreto era justo lo que necesitaba. Así que me propuse rastrear al escurridizo autor.

Antes de sumergirme en los libros y los archivos, me pregunté qué rastros físicos había dejado detrás W. H. Hudson en Inglaterra. Comencé por Buriton, dentro del condado de Hampshire, al sur de Inglaterra, luego de descubrir un paseo literario del autor en la web y descargarlo. En 1900 él había encontrado ese “pueblito rústico en una hondonada profunda entre las colinas donde había nacido Gibbon” (historiador británico). Sentí curiosidad por los cambios que había sufrido la zona desde ese entonces y, como no tengo auto, tomé un tren en la estación Clapham Junction que me conduciría a la localidad de Petersfield. En los tiempos de Hudson, las máquinas a vapor hacían que la estación estuviera sucia y concurrida, lo que le permitió usarla como metáfora de lo peor de la vida urbana. Hoy sigue siendo frenética, pero Petersfield parece otra Inglaterra. Su plaza principal es inmensa, con la iglesia normanda y la estatua ecuestre de William III, y está repleta de ingleses blancos.

Un autobús local vacío me condujo a Buriton; en el camino se detuvo en un supermercado Tesco enorme y luego en una aldea de chalets para los mayores. Cuando me bajé, fui a dar un paseo por un estanque de patos, rodeado de árboles de lima y alisos, otra pequeña iglesia normanda y una gran casa de campo fortificada: tres elementos que se resistían al cambio. Edward Gibbon

había nacido allí, a pesar de que no había ninguna placa que lo indicara, y los seis volúmenes de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* habían sido parte de la biblioteca de Hudson en las pampas. El aspecto de ensueño del estanque se rompió cuando comenzaron a alimentar a las carpas y tres jóvenes hoscos y desocupados intentaron pescarlas. Mientras, una familia les daba a los patos rodajas de pan blanco.

Me metí en un campo de trigo empinado en un hangar arbolado. La luz del sol caía veteada al atravesar las hojas; había herrerillos y flores de cigarra espumadora. Dos excursionistas llamativos con el equipo adecuado para esa actividad pasaron a mi lado con seriedad. Más tarde, después de mi caminata, los encontré de nuevo en la parada de autobús esperando el último del día, que salía a las cuatro de la tarde, y comenzamos a hablar. Ellos también estaban terminando una caminata “literaria”, pero seguían el recorrido del escritor y poeta Edward Thomas. Comenté acerca de mi investigación sobre Hudson y su amistad con el poeta. El hombre, un médico retirado que se veía como un actor, asintió: él también había descargado ese paseo. Caí en la cuenta de que Hudson nos hubiera despreciado, hubiera aborrecido las caminatas “literarias”, de hecho, cualquier recorrido guiado. Hubiese deseado que las tierras salvajes de los hangares de Buriton permanecieran así, salvajes. Las excavaciones antiguas y descuidadas con placas explicativas sobre su historia lo habrían deprimido.

Durante el periodo en el que deambuló por el sur de Inglaterra, desde la década de 1890 hasta la de 1920, esas etiquetas en

el campo no existían. Dicho país aún no se había convertido en un parque del fondo nacional para la preservación histórica. Él incluso odiaba los Jardines de Kew porque todos los árboles estaban etiquetados. Buscaba áreas de “retraimiento, soledad e inalterabilidad”. No hubiese odiado solo a los “caminantes literarios”, sino también a los senderistas y a la gente con perros. Por fortuna, no había ni un solo cartel que hiciera alusión al recorrido de Hudson. Él se hubiera aventurado dentro del tupido bosque y huido de los excursionistas como si fuesen leprosos. Entonces, recordé la encantadora última línea del poema *Inversnaid*, de Gerard Manley Hopkins, poeta británico y sacerdote jesuita: “larga vida a la maleza y a la tierra salvaje”.

La siguiente aventura que emprendí para seguir la pista de Hudson y su deseo de “retraimiento e inalterabilidad” (la complicada palabra que utilizaba) ocurrió en la sede central de la Sociedad para la Protección de las Aves que él ayudó a fundar y que se convirtió en una Real Sociedad en 1904. La RSPB, por sus siglas en inglés, se trasladó a su instalación actual en Sandy, en el condado de Bedfordshire, en 1961, por lo que Hudson no pudo conocer la enorme mansión victoriana con alrededor de 600 empleados en un parque increíble, con árboles nativos para las aves nativas.

Pasé todo el día inspeccionando cajas con la etiqueta “Hudson” en la biblioteca. La RSPB había heredado sus documentos o, al menos, lo que él no había podido destruir ni quemar. Tuve la sensación de vivir un *déjà vu*. Anteriores biógrafos, como Ruth Tomalin y Alicia Jurado, ya habían revisado con cuidado esos

mismos papeles polvorientos hacía treinta años. Mientras tanto, un amigo mío, que me acompañaría en muchos de los viajes incluidos en mi búsqueda de los rastros de Hudson, caminaba por el parque y sus senderos señalizados bajo una leve llovizna, cruzándose con silenciosos observadores de aves con binoculares. Era una atmósfera de paz y gentileza. Entonces, el bibliotecario joven y alegre quiso mostrarnos la sala de juntas, así que lo seguimos a una habitación grande y, arriba de la chimenea, estaba el retrato al óleo de Hudson hecho por Frank Brooks. El escritor y el artista jamás se habían conocido, así que se había hecho a partir de una reconocida fotografía en el New Forest. A la sociedad le había costado doscientas libras.

Hasta ese momento había tenido la impresión de que Hudson había quedado confinado a cajas sin leer, pero allí estaba, en el corazón del edificio, en un espacio cerrado al público. Su espíritu guía seguía vivo. El objetivo de proteger aves en la sociedad prosperaba. Es la organización benéfica conservacionista de la naturaleza más grande de Europa. También es donde Hudson se enamoró con total pasión.

Mantener su espíritu vivo es lo que prometen sus placas conmemorativas, si es que pueden leerse. Hudson vivió en distintos alojamientos en North Kensington, al oeste de Londres, y en Paddington, en Westminster, desde su llegada al país en mayo de 1874 hasta su muerte en 1922. En una esquina de St Luke's Road, en el número 40, en donde tuvo su casa desde 1886 hasta su muerte, la Asociación de Amigos de Hudson de Buenos Aires colocó una placa en 1938. No es azul, pero tiene un bajorrelieve

en bronce hecho por el reconocido escultor argentino Luis Perloti de la casucha en donde nació, llamada Los veinticinco ombúes, cerca de Quilmes. Presenta una línea grabada del comienzo de *Allá lejos y hace tiempo*, que dice: “La casa en la que yo nací en las pampas sudamericanas...”. También es descripto como un “gran escritor”, pero es difícil vislumbrarlo.

En la misma casa, hay una segunda placa más legible que fue colocada en 1991 por el embajador argentino y la Sociedad Anglo-Argentina, pero ha quedado atrás la palabra “gran” para dejar lugar solo a “escritor y naturalista”. Otra vez, tampoco es azul. Cada vez que voy allí le prometo a Hudson que limpiaré las placas. Los argentinos son más entusiastas al declararlo suyo.

Otro monumento que hay es la tumba de Hudson en el Cementerio de Broadwater, en la costa del pueblo de Worthing. Fue enterrado con su esposa inglesa, Emily. Desde la estación, caminamos por una calle tranquila, con una fila de casas de ladrillos rojos de estilo Tudor, hasta llegar al cementerio. Antes de ingresar a la portería, hay un jardincito vallado, con coníferas, flores silvestres y un bebedero para pájaros, dedicado a Hudson y a su compañero naturalista y novelista, Richard Jefferies. La señalización nos condujo a la modesta tumba, en la cual la simple cruz está caída. Robert Cunninghame Graham, amigo de Hudson, intentó prevenir el levantamiento de cruz alguna. La tumba se ve descuidada al lado del camino y un acebo. Contrasta muchísimo con la lápida de Jefferies, cuidada por la Sociedad Jefferies. Hudson había pedido que se plantaran margaritas simples allí, pero no hay ninguna.

Está escrito su nombre completo, William Henry Hudson, su fecha de nacimiento, el 4 de agosto de 1841, en Buenos Aires, y la fecha de su muerte, el 18 de agosto de 1922, en Londres. Debajo se encuentra el nombre de su esposa, Emily, y su fecha de defunción, el 19 de marzo de 1921. Hudson terminó siendo enterrado en Worthing porque su esposa, quien había quedado impedida, había fallecido allí un año antes que él y porque era muy cercano a Richard Jefferies. Nadie limpió su tumba; no estaba rodeada de pinos ni tenía una fuente para pájaros. Era el olvido que Hudson quería.

Alguien había elegido las líneas: “Amó a las aves y los espacios verdes, así como al viento en el páramo, y vio el resplandor de las faldas de Dios”, que era una fusión de un verso de George Borrow con uno del apenas recordado poeta estadounidense William Cullen Bryant (1794-1878). La referencia a Dios es inadecuada, ya que Hudson no creía en el más allá ni en la inmortalidad de la persona; desde su niñez, supo que nadie sobrevivía a la muerte.

Parado junto a su tumba descuidada y leyendo los epitafios, me di cuenta de que solo habían pasado siete meses entre las muertes del matrimonio. Él había meditado sobre cómo las parejas de ancianos se seguían entre sí hacia la muerte, luego de que el sobreviviente quedara con la “terrible soledad”, que era un estímulo para seguir el mismo camino. Les sucedió a mis padres cuando tenían poco más de noventa años. El dolor por la muerte de su esposa dejó a mi padre sin razón para vivir, sumido en la demencia. Sobrepasó nueve meses de infierno sin ella. Nosotros

éramos los únicos en el cementerio. Se podían vislumbrar las colinas y el fuerte prehistórico Chanctonbury Ring que Hudson amaba. Su espíritu estaba allí arriba, aunque también había paseado por ese mismo cementerio durante su vejez. Cuando Henry Williamson visitó la tumba de Jefferies al inicio de 1921, un jardinero le contó: “un señor mayor con barba y ojos de águila me dijo que le gustaría ser enterrado cerca de Jefferies cuando llegara su hora”.

El monumento más digno de atención en memoria de Hudson es el Santuario de Aves Hyde Park en Londres. Pocos de los visitantes del parque saben que está dedicado a él, si es que saben quién fue. De hecho, está indicado en los mapas del lugar, pero no en la última edición de la conocida guía de Londres, *A-Z London*. Llevé a muchas personas allí para que miraran sorprendidas el bloque de piedra sólida de Portland hecho por el artista Jacob Epstein, que representa en relieve a Rima, uno de los personajes de Hudson, de manera erótica y primitiva, a punto de volar, con el cabello ondulado, los pechos descubiertos y rodeada de aves míticas. La primera maqueta de Epstein había sido de un Hudson desgarrado recostado sobre una arboleda divisando aves, pero las autoridades del parque se rehusaron a tener expuesta la representación de una persona real. Así que el artista optó por hacer a Rima, el colibrí del romance de Hudson, *Mansiones verdes*. Eric Gill también estuvo involucrado y grabó las fechas de Hudson en números romanos en cada lado de la obra.

A Epstein le tomó siete meses esculpir la obra *Rima* en su estudio en el bosque de Epping. Roger Fry, crítico de arte de

Bloomsbury, la encontró con “la timidez demacrada y la extrañeza de lo salvaje”. Aimé Félix Tschiffely (1895-1954), nacido en Suiza, fue el biógrafo de Robert Cunninghame Graham, el amigo de Hudson, y afirmó que Hudson solía dormir la siesta en ese mismo sitio del parque Hyde cuando estaba solo y en la pobreza. Tschiffely tenía una noción de cómo era su espíritu salvaje: él mismo había montado desde Buenos Aires hasta Washington en dos caballos, Mancha y Gato, durante tres años.

En una esquina del santuario, una pizarra negra y vetada informa que está dedicado a la memoria de Hudson, “Escritor y naturalista de campo”. Luego, a lo largo del borde del bebedero de aves hecho en piedra, hay más referencias talladas sobre él. Está recluido, pero es un lugar tranquilo, con un banco en donde sentarse a reflexionar. Tal como Tom Sutherland me indicó, una vez también tuvo una fuente que funcionaba.

En ningún lado se devela el escándalo ocurrido en su inauguración el 19 de mayo de 1925. Es curioso cómo la historia revive a un monumento. Cunninghame Graham había afirmado que el innovador artista Epstein diseñaría un santuario de aves en el parque Hyde (después de todo, él había esculpido su propio busto antes). De acuerdo con Linda Gardiner, parte del comité, cuando convocaron al artista, lord Grey y John Galsworthy, dos defensores de Hudson, dimitieron en protesta. Era el primer movimiento del grupo anti-Epstein.

Una vez finalizado, el monumento a Hudson fue descubierto por Stanley Baldwin, el primer ministro, quien luego recopiló su discurso en su libro de ensayos *On England*, de 1926. He vis-

to una fotografía suya de pie ante el bloque cubierto, sin saber lo que aparecería luego. Dijo que Hudson provenía de los confines de la Tierra y que había dado a conocer las bellezas ocultas de los países del sur ante miles de personas. Luego, enlistó las pasiones del hombre: su disgusto ante la tala de los olmos y su colonia de grajos en los jardines Kensington, el consumo de huevos de chorlito y el uso de plumas de aves para decorar sombreros femeninos.

Después de un discurso de Cunninghame Graham, el partidario de Epstein, Baldwin, descubrió el santuario. Se oyó un resoplido de horror en la multitud. La Rima desnuda se volvió titular de todos los periódicos y provocó cartas de furia en *The Times*. Philip Gosse se refirió al hecho como un “escándalo”. En una carta al *Morning Post* firmada por Hilaire Belloc y sir Arthur Conan Doyle, entre otros, juzgaron a Rima de “inapropiada e incluso repulsiva”; los escritores querían que la quitaran. Los periódicos la llamaban “la atrocidad del parque Hyde”. Margaret, lady Brooke, la rani de Sarawak, amiga de Hudson, escribió: “saquen esa cosa FÉTIDA”. El escándalo llegó inclusive a la Cámara de los Comunes, en donde sir Basil Peto pidió la remoción de ese “especimen de arte bolchevique”. La ensuciaron y profanaron, y en 1935 le pintaron una esvástica, lo que Epstein llamó *Rimafobia nacional*. Hizo que Roger Fry llamara a todos los interesados en el arte para que “enfrentaran al rival moderno”, los delicados filisteos, aunque no le gustara su escultura.

Otro vestigio de Hudson es una simple piedra de granito en Zennor, en el condado Cornualles, que tiene tallada la frase: “W.

H. Hudson venía seguido a este lugar”, apenas descifrable. Zennor es un solitario pueblo enclavado entre aulagas, cerca de donde Hudson pasó los inviernos a partir de 1905. Se sentaba en la piedra Zennor Hill, junto a la antigua excavación para observar el paisaje desolado. De acuerdo con un recorte de *Cornishman*, un señor llamado Lewis Hyde solía verlo sentado en su peñasco, en lo que se conocía en la década de 1920 como “el asiento de Hudson”. Cuando Hyde intentaba acercarse a él, el hombre se rehusaba a contestarle, pues estaba absorto en sus pensamientos.

Sin poder dormir en una de sus noches en Zennor, Hudson tuvo una percepción acerca del “poder fatal, incomprensible e ignorante que nos había creado”, lo que sería la terrible faceta de la naturaleza. Una indiferencia divina caracterizaba a “este creador y asesino de todo lo que vive, de la belleza, todopoderoso y eterno. No tenía conocimiento, pensamiento ni emoción, y lo que hacía y deshacía no significaba nada para él”. Pero, aunque se puso melancólico, no era pesimista y la esperanza llegó con el alba y los estorninos.

En la iglesia de Martin, a un poco más de doce kilómetros al sur de Salisbury, hay una plaquita que menciona a Hudson. Rentamos un coche y nos dirigimos allí. Por una estrecha callecita llegamos a la iglesia humilde de la aldea que Hudson amaba. Siempre visitaba las iglesias de los lugares remotos durante sus paseos, y esos sitios permanecían prácticamente iguales. Después de estacionar bajo un manzano enorme con frutos verdes, de inmediato vimos la lápida de William Lawes, el pastor padre del personaje del libro de Hudson, *Vida de un pastor*, frente a la igle-

sia. Era casi como si hubiesen movido la lápida a ese lugar para que no pasara desapercibida.

Hablamos con tres grupos de aldeanos diferentes, como la familia Lawes, y ellos sabían que Hudson había escrito sobre Martin y perpetuado al pastor. Lo conocían como el autor que había inmortalizado su pueblo a través de un libro. Pero Martin era terriblemente pobre cuando comenzó el siglo XIX. Ahora el lugar es bello, con rosas trepadoras y tierras bien mantenidas, el sueño de un agente de bienes raíces. Sentados en un banco en el cementerio mientras comíamos nuestros sándwiches, aún podíamos vislumbrar las colinas y el retraimiento que Hudson anhelaba tanto.

Un último homenaje a Hudson se encuentra en el Santuario Stone Hall en el estado de Easton Lodge, perteneciente a Frances, quien era condesa de Warwick. Tenía que ir a investigar si la cabaña aún existía, ya que ningún biógrafo la había mencionado. Antes de tomar el tren al aeropuerto de Stansted y luego un taxi en medio de un aguacero, descubrí que Daisy Greville, una bella mujer de sociedad casada con lord Warwick, había tenido una vida tempestuosa, incluso siendo una de las amantes de Edward VII. Pero, durante la guerra, esa chismosa amante de la naturaleza dio un giro impredecible y se convirtió en simpatizante del comunismo en la Revolución de Octubre y luego del Partido Laborista. Trató de donar su casa inmensa a la Conferencia de la Trade Union (sindicatos obreros) de 1923, pero sufrió un incendio que destruyó veintiocho habitaciones. De acuerdo con un biógrafo, uno de sus monos arrastró una manta hacia el fuego, que, a su vez, quemó sus papeles.

Como aficionada, escribió sobre naturaleza y sobre el socialista William Morris, y fue una amiga cercana de H. G. Wells, quien vivió en Grebe, una casa vecina. Su parque de más de trescientas hectáreas se convirtió en un santuario para sus caballos y la vida silvestre, y prohibió la caza de zorros. Invitó al excéntrico aristócrata Robert Cunninghame para abrir la cabaña Hudson, en el Santuario Stone Hall, en 1923, en el Jardín de la Amistad del estado, con una biblioteca con sus trabajos. También asistió H. J. Massingham, otro escritor sobre naturaleza y admirador de Hudson. Ella escribió: “Tengo la esperanza y la creencia de que muchos estudiantes pasarán horas felices en este retiro silvano”. Pero fue demasiado quisquillosa con respecto al mantenimiento del homenaje, y luego de su muerte desapareció. Durante la guerra, la Fuerza Aérea de Estados Unidos taló 10.000 robles para hacer un campo de aviación. La casa quedó en desuso y fue demolida. El zoológico cerró y los monos fueron sacrificados con disparos. La condesa de Warwick afirmó que Hudson era una de las mentes excepcionales de su generación.

Cuando llegamos a la entrada del jardín fuera de la localidad de Great Easton, vimos un cartel que decía que estaba cerrado al público. Tomé el número del taxi y lo envié de vuelta a Stansted, luego, trepamos las rejas e ingresamos al jardín. Quedaba muy poco de lo que habían sido los caprichos de la lujosa señora, solo había algunas columnas erguidas, una glorieta, un parterre y rastros de un paisaje entre los árboles y bajo la lluvia. Al caminar por la única edificación que seguía en pie, un ala de todo el conjunto, nos topamos con el actual dueño paseando a su perro. Acababa de

atraparnos invadiendo la propiedad, pero le agradó mi historia, a pesar de jamás haber oído hablar de Hudson. Conversamos sobre lady Warwick y nos condujo a pie hacia el estanque de patos y la iglesia de Great Easton para que, desde allí, si teníamos algo de suerte, pudiéramos conseguir un autobús para regresar. Un detalle que no revelé sobre la condesa de Warwick es que ella insistía en ser llamada “camarada Warwick”. Todos lo hicieron, a excepción de sus sirvientes, quienes continuaron llamándola “su señoría”.

Esos fueron todos los escasos rastros físicos de Hudson en Inglaterra, pero también quiero corroborar qué pasó en Argentina, en donde fue Guillermo Enrique Hudson. Es como si fuera otra persona. Me crucé con su trabajo cuando estaba conociendo a la familia argentina de mi esposa en la década de 1970. Ambos proveníamos de familias terratenientes en decadencia. No había nada más distinto que una pequeña finca de azúcar en la isla Mauricio y una granja ganadera en las pampas, pero nuestros sentimientos se encontraron en ese punto. El poeta Alberto Girri me había advertido que no tradujera a poetas reconocidos. “Sé el primer traductor”, me dijo. Yo estaba buscando una guía para mi nueva vida y había encontrado a Hudson. Teníamos caminos opuestos. Él había ido a Inglaterra y yo estaba yendo a Argentina. Pocos habían escrito sobre él y me encantó su estilo apacible. Había más cosas en común: en particular, el paso de Hudson entre la ciencia y el arte, que reflejaba mis discusiones mayormente antagonistas con mi padre. A medida que me iba familiarizando con la vida de campo, con la raza bovina Hereford y las ovejas Romney, y pasaba de castrar novillos a tomar mate con los peones, me familiarizaba

con una parte de la vida de Hudson que estaba fuera del alcance de la mayoría de la gente. La vida en la granja ganadera de mi esposa era en esencia del siglo XIX a comparación con la moderna ciudad isleña de Buenos Aires. De hecho, fui un privilegiado al poder ver esa actividad campestre en sus últimos años, antes de que la televisión, las cosechadoras y los teléfonos móviles tomaran el mando. Hudson también era uno de los autores presentes en la pequeña biblioteca de mi suegra, como naturalista de campo. Ella era miembro entusiasta de la Sociedad Argentina de Aves y lo había leído en español. De a poco, fui reuniendo retazos de experiencias de las pampas que pondría a prueba con Hudson. Incluso encontré una referencia a la tierra de mi esposa en sus escritos. Las grandes granjas se habían desintegrado y se habían dividido por sucesiones familiares, pero Hudson había fijado su estilo de vida a tiempo y lo había impreso.

Los conductores pasaban a altas velocidades en la autopista de Buenos Aires a La Plata, la capital provincial, y paraban a pagar en la cabina de peaje llamada "G. E. Hudson". Cerca de allí hay una estación de tren llamada Guillermo Enrique Hudson (antes de 1930 se llamaba Conchitas, porque era el nombre de un arroyo que atravesaba las tierras de Hudson). Apuesto a que el 99,9% de los usuarios no tiene idea de la identidad del nombre.

A pesar de tener un mapa, nos perdimos la última vez que condujimos al Museo Provincial Guillermo Enrique Hudson en el partido regional de Florencio Varela, al lado del de Quilmes, en Buenos Aires. Íbamos rebotando por calles de barro con casas precarias, pero no era un asentamiento; conducíamos en círcu-

los. Tuve que llamar a Rubén Ravera, el director del museo, para ver si podía buscarnos. Nos encontramos en una estación de servicio y nos guio a nuestro destino. Nos contó que una vez había invitado a los embajadores inglés y japonés para agradecerles por una donación de dinero para obtener más tierras, pero que no habían podido llegar. Cuando llueve, los caminos de tierra se convierten en un lodo intransitable. Para ese entonces, ya había visto a Rubén en varias oportunidades, y sabía que tiene un gran valor y que es un cauto defensor de los escritos de Hudson.

La primera directora del museo fue Violeta Shinya (1910-2003), la sobrinanieta de Hudson. Su madre, Laura, era la hija de la hermana de Hudson, Mary Ellen, y se había casado con el inmigrante japonés Yoshio Shinya. Violeta, después de la pronta muerte de su madre, fue criada por Mary Ellen y heredó la apariencia japonesa de su padre. La vi una sola vez. Estaba sentada en un sillón con una manta y hablaba sobre las dificultades de traducir a Hudson al español argentino. Murió sin descendientes. Fue lo más cerca de Hudson que pude estar, aunque sí hay un descendiente que lleva su apellido.

Rubén Ravera tomó el mando luego de Violeta Shinya en 1990, cuando ella se retiró, y luego se enemistaron. Ella era una elitista que vivía bajo la sombra de la escritora argentina Virginia Ocampo, quien tenía muy buenos contactos; también estaba celosa de la biógrafa de Hudson, Alicia Jurado. El sueño de Rubén es escribir una historia del museo y su relación con Violeta, pero es demasiado porteño y está a cargo de tareas que promueven la filosofía económica de Gesell, además de ser admirador del inglés

E. F. Schumacher y estudiante de museología. Una vez trabajó llevando hielo a una tribu amazónica de Venezuela en el río Negro, y otra vez organizando un mercado de trueque en Caracas, y eso es solo el comienzo de todas las cosas que tiene entre manos. Pero, por sobre todo, ama a Hudson y hace todo lo que puede para abastecer la biblioteca y preservar su talla, a pesar de que una vez me dijo: “No tengo a nadie con quién hablar de él” (ya que los biógrafos Alicia Jurado, Ruth Tomalin y Dennis Shrub-sall han muerto recientemente).

Dentro del área del museo, hay un busto de Hudson, de muy poca semejanza, y su casucha. Siempre me conmueve encontrarme con lo que quedó de su casa, que es el testimonio de su pobreza. Los veinticinco ombúes, en donde nació W. H. Hudson el 4 de agosto de 1941, era un “rancho” humilde o una casita de campo simple que data de 1750, por lo que es la construcción más antigua de la región. Nació en esa choza de paja que no tenía más que tres cuartos pequeños, un techo prominente, como de galería, y sin baño. Estaba hecha de ladrillos delgados de adobe secados al sol, y el piso era del mismo material, pues no hay piedras en las pampas.

Cómo se la ingenió una familia así de numerosa para vivir en un lugar tan estrecho es un misterio. ¿Los niños dormían juntos y los padres en otra habitación? ¿La única niña (hasta el momento, ya que luego nació una segunda en Las Acacias) dormía con los padres? Según Rubén, la cocina estaba en una choza aparte, al igual que el baño, pero ninguno quedó en pie. La primera vez que fui de visita, quería saber si la cocina tenía alguna

diferencia con las típicas de gaucho descriptas en el cuento de Hudson “Niño diablo”: iluminada por tres pabilos en tazas de grasa derretida y calefaccionada por un gran fuego en medio del suelo de arcilla. Alrededor, en ganchos, había equipos de montar y utensilios de cocina. En el fuego, se asaba la carne en un espetón y se colgaba una olla grande en una viga, llena de caldo de cordero, y una más pequeña para otros acompañamientos. Todos se sentaban alrededor en sillas o bancos. Las cocinas eran el núcleo de la vida social, por lo que la ausencia de esa construcción me negó la oportunidad de echar un vistazo a la vida del joven Hudson. Así que me quedo sin una imagen precisa de sus costumbres. Visité la cabaña con pisos de barro de un peón de campo en la década de 1970 y también vi muchos grabados del siglo XIX, como los de Pallière, pero no pude obtener una imagen exacta. La familia Hudson era estadounidense y estaba exiliada, eran muy distintos y más cultos, pero, aun así, eran igual de pobres que sus vecinos.

Más allá del apiñamiento para una familia de ocho personas, había una biblioteca de aproximadamente doscientos volúmenes. Ese elemento en las pampas era el factor decisivo que distinguía a la familia de las demás, compuestas por gauchos iletrados. Los libros estaban dispersos, pero Ravera y su equipo reunieron una excelente colección nueva, almacenada en una cabaña especial. Un año antes, yo había pasado un día entero buscando en todos sus documentos de Hudson. También hay una cafetería deteriorada, en donde se pueden comprar sus obras traducidas. En un sitio honorífico, hay una foto del difunto presidente Néstor

Kirchner sosteniendo un ejemplar de *Allá lejos y hace tiempo*. La pequeña reserva ecológica sobrevive a partir de la organización de eventos y conferencias.

Al doctor Pozzo, intendente de Quilmes y doctor, le tomó dos años relocalizar su rancho; después de mucha búsqueda entre documentos de posesión de terrenos, lo encontró en 1929. Decidió traducir la obra *Far Away and Long Ago* a *Allá lejos y hace tiempo* en 1938. Justo antes de su muerte, en 1950, convenció a los Davidson de donar las cuatro hectáreas en las que estaba la choza. Su rancho de nacimiento se convirtió en el Museo Guillermo Enrique Hudson en 1957. En 1980 cambió su nombre a Parque Hudson para la Ecología y la Cultura, y es administrado por la Asociación de Amigos de Hudson.

La primera vez que fui al museo en 1987, conduje por las zonas carenciadas de alrededor y descubrí que lo que mi mapa indicaba que era un parque ecológico, en realidad, era una cancha de fútbol cubierta con bolsas plásticas desgastadas. Al final, una verja con candado conducía a la tierra de la familia Hudson a través de un bosque de acacia negra y árboles de paraíso. Un hombre a caballo se cernió de pronto y abrió las puertas de la choza. Dentro de los cuartitos había libros, fotocopias y mucho sobre Cunninghame Graham. Era como un aula desordenada.

El nombre de la choza, Los veinticinco ombúes, tiene su origen en un camino con veinticinco árboles de esa especie (aunque el ombú es hueco en su interior, más parecido a un cardo gigante). El árbol perenne tenía una gran importancia para Hudson. El único ombú sobreviviente que quedaba podía tener “más de

cien años”, dijo el jinete lacónico. La choza, con un fino techo ondulado, estaba construida sobre una pendiente, una loma, y estaba orientada hacia el arroyo Las Conchitas y los inmensos campos de cardo seco, que constituía el principal combustible de la cocina. Hudson recordaba cómo, en ciertos años, el cardo con púas crecía tan alto que no se podía salir de las casas; los llamaba “años cardosos”.

Un tiempo más tarde, el actual director, Rubén Ravera, me llevó allí desde la capital para hacer una segunda visita. Antes de salir, me señaló una casa que estaba en la misma cuadra de donde él vivía en la zona sur de Buenos Aires, en la calle Bolívar, y me dijo que Hudson acostumbraba a quedarse allí, a la altura 314. El lugar era propiedad del ministro metodista y Hudson recordaba haber jugado allí, en un patio cubierto. La casa colonial original era de una planta, patios internos, y estaba al final del pueblo, con un arroyo en la calle de al lado. Pensé qué increíble era estar haciendo en camioneta el mismo recorrido de treinta y tres kilómetros que Hudson hacía a caballo.

En ese entonces, Ravera estaba expandiendo las tierras del museo para convertirlo en un parque ecológico. Con las donaciones del banco Lloyds Bank y los fondos japoneses reunidos por Matsuo Tsuda, el exembajador de Japón, quien dirigía una fundación de Hudson en su tierra natal, Ravera había comprado 54 hectáreas. Luchaba constantemente contra la apropiación de tierras, las vacas salvajes y los cazadores, que veían un páramo libre, no un parque ecológico. Ocupantes ilegales habían construido una casucha de chapa ondulada y se negaban a desplazarse.

Cuando se instalaron dos oficiales de policía de modo permanente, la tensión aflojó.

El único ombú gigante que había visto en mi primera visita seguía en pie, como un centinela de los días de Hudson. Un guía naturalista atento confirmó que estaba hueco. Me llevó a hacer un paseo por el parque con un trípode y unos binoculares especiales, y esa mañana contamos cuarenta y dos especies distintas de aves. La dirección a la que el entusiasta Rubén estaba llevando al museo era muy acertada: un centro ecológico, cerca de Buenos Aires, listo para funcionar como un tipo de santuario cerrado o un paraíso para la urbanita. No hacía falta leer a Hudson para apreciar el lugar, rodeado de fábricas, vecindarios cerrados y centros comerciales (algunos haciendo mal uso del nombre del autor) y las inevitables zonas de asentamientos. Es un monumento viviente al tipo de ecología que Hudson veneraba.

Antes de mi primer encuentro con Rubén Ravera, había decidido dar un paseo por la ciudad de Quilmes propiamente dicha, que está dentro de los suburbios de Buenos Aires, para ver una estatua de Hudson hecha por el escultor Santiago Parodi. El nombre de la ciudad se debe a la comunidad indígena de los kilmes, quienes vivían en la ciudad valle Calchaquí, llena de fuertes, cerca de la provincia de Tucumán, al norte del país. Resistieron a los españoles hasta su derrota en 1666. Se reubicaron a 16 kilómetros de Buenos Aires. Quilmes aún conserva su nombre y es famosa por su cerveza y un colegio privado inglés, el Saint George.

Tomé el colectivo 98 en plaza Once, en donde me encontré con vendedores ambulantes y personas de distintas partes

de Sudamérica. Completé los más de treinta kilómetros en una hora y media de semáforos constantes y edificios idénticos de concreto, bajos y gastados, con carteles de neón, y salas de venta de segunda mano. Podría haber sido cualquier lugar de lo que solía llamarse “tercer mundo”. No sabía en dónde bajarme, la monotonía me había dejado bloqueado, pero una mujer a mi lado me señaló la estación y descendí con rigidez.

Caminé siete cuadras hasta la catedral neocolonial con sus torres gemelas. La madre de Hudson había contribuido con su construcción en 1858 (se finalizó en 1866), tal como su hijo mismo había contribuido con la pavimentación del camino entre Quilmes y su casa. Luego, encontré el monumento a Hudson, de pie entre los árboles de la Plaza del Bicentenario. Su nombre estaba grabado en el pedestal, que lo describía como “naturalista y escritor de Quilmes”. Santiago Parodi, después de viajar por Latinoamérica como boxeador profesional, se reinventó a sí mismo como escultor autodidacta. Dedicó dos años al busto de Hudson.

En 1940, el descubridor de la cabaña de Hudson, el doctor Pozzo, organizó la inauguración de la estatua de Parodi. Era el primer evento público en su honor en Argentina y coincidía con la celebración por el siglo desde su nacimiento. Pozzo dijo: “Después de cien años, Hudson volvió a ser argentino”. El busto estaba firme, bañado en oro. Era bastante fiel a su apariencia. Meses después de mi visita, me enteré de que Antonio Parodi, hermano de Santiago, había pintado veintiséis óleos de la cabaña de Hudson. Parodi es el apellido de mi esposa y, en una subasta, nosotros habíamos comprado dos de sus paisajes, sin saber quién diablos era.

Después de observar la estatua, entré a husmear en la librería principal de Quilmes y pregunté por cualquier libro de Guillermo Enrique. Me dijeron que fuera a una librería más pequeña, del otro lado de la manzana de la catedral. Vi obras de él en la vidriera de una minúscula tienda de libros usados. Me presenté con la dueña, quien resultó ser la hermana de Rubén Ravera, a quien aún no había conocido. Esa feliz coincidencia en medio de un viaje casi sin sentido me llevó a conocerlo a él y al Museo Hudson.

Tenía que organizar otro viaje de un día. Cuando Miriam, una amiga profesora de yoga, se ofreció a llevarnos, mi esposa y yo aprovechamos la oportunidad. Había dos hipótesis con respecto a dónde había sido la casa Las Acacias de los Hudson entre 1846 y 1856, cuando se habían mudado de la cabaña. Hudson recordaba vagamente un viaje durante el día en carretilla en el mes de junio, en pleno invierno, hacia el nuevo hogar rentado, nombrado en honor a un árbol, por la ruta hacia Chascomús, en donde se desarrolló *Allá lejos y hace tiempo*. La familia se mudó en una carretilla de ruedas grandes tirada por un buey, por el Camino Real hacia el sur. Sin embargo, la memoria de Hudson debe de haber encogido el viaje, pues uno de sus primeros biógrafos, Jorge Casares, le había consultado a un hombre que había recorrido la misma distancia en 1874 y le dijo que había salido a las tres de la mañana y llegado tarde por la noche.

Las Acacias era una casa de paja y ladrillos de adobe, con techos altos y ventanas grandes con barras de hierro para dejar entrar el aire fresco. Detrás de la casa amplia que estaba frente

al camino había un depósito, un tambo, una cocina, un palomar, graneros enormes y pilas de leña de caña de cardo. También había un bosque de casi tres kilómetros de perales, acacia negra (con espinas afiladas) y álamo negro, pero sin pinos, eucaliptos ni árboles de hoja perenne. Ese era “el fantástico mundo arbolado” de la infancia de Hudson. El sitio había sido originalmente un pequeño fuerte fronterizo. Tenía una fosa de unos tres metros y medio de profundidad y nueve de ancho para la defensa de los ataques indios y estaba rodeada de construcciones.

Pero ¿dónde se hallaba? Jorge Casares estaba seguro de que era la antigua Estancia Vitel, un rancho o granja perteneciente a Leonardo de la Gándara. Su familia se había exiliado a Montevideo por el tirano Juan Manuel de Rosas y hubiese aceptado a cualquier arrendatario. Regresaron en 1856, luego de la derrota de Rosas en la batalla de Caseros. Gándara era juez cerca de Chascomús y también hay un Gándara en *Allá lejos y hace tiempo*. Además, se hallaron restos del canal de irrigación de la Estancia Vitel, según Casares, cerca de la estación de tren de Gándara. La estación se abrió en 1865, mucho tiempo después de la partida de los Hudson. Condujimos hasta allí y caminamos por todas partes de la plataforma y alrededor de la encantadora estación. Por ahí pasaba el expreso a Mar del Plata, pero no había rastros de la casa Vitel ni de ningún canal.

Fuimos a hacer un picnic en el césped delantero de una casita de campo abandonada que estaba frente a una fábrica grande, cercada y cerrada, cuando se acercó un guardia. Después de las formalidades ineludibles, me sugirió que me pusiera en contacto

con una persona de sesenta y cinco años que podría recordar algo, pero lo rechacé con educación, pues sabía que la memoria personal no era fiable. Hudson había vivido allí hacía más de 170 años, cuando ni siquiera existía aquella fábrica, que hacía el reconocido dulce de leche de Gándara hasta su cierre. Recomendó que investigara la iglesia y el monasterio abandonados: eso era más prometedor.

Ingresamos a un jardín muy crecido, con pasto que llegaba hasta la cintura, y vimos un gran edificio, con patios internos y su propia iglesia. Había una escoba apoyada en la puerta; alguien lo seguía limpiando. Era demasiado grande para haber sido la casa de Hudson. Luego descubrí que había sido construido por una orden de monjas que ya no existía. Una viuda muy acaudalada, Manuela Nevares de Monasterio, le pidió al arquitecto de la sociedad, Alejandro Bustillo, que lo diseñara. Bustillo se hizo famoso por sus construcciones anacrónicas, antimodernistas. El monasterio se había fundado en 1939 y había cerrado en 1954. Debía de tener alrededor de sesenta habitaciones vacías, pero dentro no encontramos más que algunas garrapatas chupasangre que se nos adhirieron. Los edificios prestigiosos necesitaban mantenimiento. Ese había quedado en el olvido con mucha rapidez luego de que se agotaran los fondos, al igual que ocurre con muchos lugares en Argentina.

Rubén Ravera me otorgó la localización exacta del otro posible sitio del segundo hogar de Hudson. Un historiador jubilado, Juan Carlos Lombán, había demorado dos años en ubicar Las Acacias en la Posta de Hardoy. En un libro impreso de manera

independiente, él había resuelto que Hudson no podría haber oído los disparos de los cañones de la batalla de Caseros en 1852 (en donde el general Rosas fue derrotado) tal como lo había descrito, si no estaba a menos de cuarenta kilómetros de distancia. También dedujo que el viaje en carretilla debía haber tomado mucho más de cinco horas, ya que la memoria de Hudson podría haberle jugado una mala pasada. Así que Lombán localizó el lugar en el kilómetro 74 de la ruta 2 en el partido de Brandsen, junto a una estación de servicio YPF abandonada. Estaba en la ruta principal hacia el destino vacacional costero de Mar del Plata.

Miriam, nuestra amiga yogui, divisó un gran cartel que decía “Chacras de Hudson”, era un club de campo nuevo. Estacionamos y entramos. Se acercó un hombre joven teñido de rubio y con un arete. Se suavizó cuando le dijimos quién era yo y por qué estábamos allí, y se ofreció a llevarnos al hogar de Hudson, Las Acacias, donde casualmente él estaba viviendo.

Seguimos su coche por una calle con árboles jóvenes en dirección al nuevísimo pero vacío club de campo y piscina, era la primera construcción edificada allí, y se esperaban 341 más. Hasta el momento, era un campo abierto, con dientes de león y verbenas rojas deslumbrantes. Más tarde, me enteré de que parte de la Posta de Hardoy había sido derrumbada por el dueño anterior para hacer un granjero inmenso y resplandeciente. Estacionamos junto a un palomar viejo y arruinado, que podría haber estado allí durante la época de Hudson, ya que él se refirió a un palomar circular. Aquel era hexagonal, pero tal vez su memoria lo había engañado.

La enorme casa tenía dos plantas y estaba rodeada por un bosque de acacias, con algunos perales muy añejos y de gran tamaño (“los perales más antiguos de la Argentina”, según el capataz), dos o tres robles centenarios y una higuera de gran envergadura. Definitivamente, ese era el lugar. Podía deducir la posición del almacén de Hudson, en donde los gauchos amarraban sus caballos. Luego, me enteré de que la Fundación Hudson estaba restaurando la vieja casa de ladrillos de adobe, pero, cuando se lo consulté a Rubén Ravera, me dijo que nunca había oído hablar de dicha asociación.

El capataz moderno mencionó que su jefe le había dado una copia de *Allá lejos y hace tiempo* para que leyera, pero seguía sin abrir en su mesita de noche. Después de conducir alrededor del lugar, nos fuimos con el número telefónico del dueño en Buenos Aires, mientras Miriam le entregaba una invitación de clases de yoga al joven hombre.

Miriam no tenía idea de quién era Hudson hasta el momento en el que la instruimos en la autopista. Era peculiar, pero el nombre y la residencia de Hudson se habían convertido en una gran ventaja comercial, pues era una tierra sin mucha historia documentada. Uno podía comprar una parcela para su casa y experimentar la historia que rodeó a Hudson, junto con un leve plan ecológico. Se veía mucho menos desarrollado, con campos abiertos y árboles dispersos.

Gracias a un árbol alto, se podía divisar, según las palabras de Hudson, el lago de agua dulce, nunca más profundo que la altura de los pies y famoso por sus pejerreyes. Había un lago junto a la

nueva casa club, que agregaba autenticidad a la declaración de que ese lugar era Las Acacias. Existe una foto del sitio original, pero no estoy seguro de que refleje su apariencia tal como era en la época de Hudson (ya que hay una torre en el fondo que él no menciona).

En Las Acacias, el padre de Hudson, Daniel, se hizo tendero y estuvo al frente de aquellos comercios arquetípicos de las pampas llamados *pulperías*. Vendía lo que fuera que necesitaran los gauchos que pasaban por allí. Se lo conocía con el nombre de Usón, una adaptación de su apellido. Hudson nunca definió a su nuevo hogar como una pulpería, a pesar de que conoció muchas, admitió él, debido a sus paseos en Azul, como el ilustrado por Leon Pallière. Casi todos eran administrados por vascofranceses. Juan Carlos Lombán reveló que en un censo de Quilmes en 1854 había cinco panaderías, pero cuarenta y seis pulperías. La raíz de la palabra, *pulpo*, tal vez provenía de que los vendían secos.

Luis Franco insistía en lo crucial que era este tipo de tiendas para explorar las raíces argentinas de Hudson. Era en donde los lugareños vendían y compraban todo lo que necesitaban para la vida de campo, desde plumas de avestruz hasta cuero, cuchillos, quesos, yerba mate, tabaco, vino y medicina. En los ganchos de las paredes colgaban embocaduras de caballo, monturas, ponchos, todos objetos típicos de las pampas, pero hechos en Inglaterra. Franco llamaba a las pulperías “la meca de los gauchos”, porque también funcionaban como un bar o club social, en donde los gauchos iban desde los alrededores a caballo y, ebrios, jugaban taba, cantaban con sus guitarras y peleaban. La tienda de Hudson era igual.

Robert Cunninghame Graham escribió un relato llamado *La pulpería* en 1898. Como él las conoció en persona cuando estuvo en Argentina en 1870, vale la pena traerlo a colación. Hudson, en una carta que le envió el 7 de noviembre de 1898, calificó la historia como “de un realismo demasiado brutal” y también demasiado local, por lo que era nada más que para los ya “iniciados” en el tema, como él. Por lo que un lector inglés hubiese necesitado que le explicaran “cada oración, cada cláusula” de su historia gauchesca. Por supuesto, Hudson había vivido en una por aproximadamente veinte años.

Como narrador, Cunninghame Graham ata a su caballo en el palenque, ingresa a una pulpería y ordena su vino tinto en una copa de estaño. Va vestido como gaucho, con su facón o cuchillo de pelea y un revólver. De hecho, él sí se vestía así en la vida real y usaba el cinturón de gaucho. Sin embargo, ninguna de las palabras en español está traducida, pues quería que sus lectores sintieran extrañeza. Hudson creía lo contrario y evitaba llenar sus textos con términos del español argentino. El pulpero, quien podría haber sido Daniel Hudson, se paraba detrás de sus rejas de madera, rodeado de botellas. La construcción era baja, achaparrada, de barro, estaba rodeada por una zanja poco profunda, tal como la de los Hudson, y estaba tierra adentro, es decir, en tierra reclamada por los indios. Afuera había gauchos cuyos dedos de los pies asomaban a través de las botas de potro, moldeadas a su piel por un caballo recién asesinado, rasgueaban las guitarras y cantaban entre los duelos. En esas tiendas se podían comprar ponchos elaborados en Leeds, sardinas, pasas de uva, panes e

higos. Todos los senderos conducían a estos establecimientos, igual que rieles a un cruce, escribía Cunninghame Graham. Allí fue donde el narrador escuchó acerca del *Martín Fierro*, pues ese poema de narrativa gauchesca había vuelto a la cultura analfabeta. Hudson pudo haber estado en desacuerdo con el realismo denso de la historia, pero empatizaba con la sobrecarga de detalles locales, ya que él los había experimentado al máximo.

Los gauchos argentinos fueron cruciales no solo para Cunninghame Graham, sino también para Hudson. Sir Francis Bond Head, rábido anticatólico, soldado e ingeniero de minas, fomentó su visión romántica del gaucho en 1826 con su libro *Viaje a través de las Pampas y los Andes*, un relato de los cuatro cruces de las pampas para visitar las minas en los Andes. Los gauchos eran salvajes y vivían en chozas humildes, rodeados de montones de huesos y carcasas, como una “perrera descuidada”. Todos vivían en una habitación, con bebés colgando del techo en pieles de buey. A los cuatro años, los niños podían montar y empezaban a colaborar con la captura y la doma de caballos salvajes. Eran fuertes gracias a su dieta permanente de carne y agua, sin leche, pan ni vegetales. Estaban adaptados a la perfección a sus necesidades. De hecho, no existían los lujos, más allá del techo sobre sus cabezas, cardo seco para el fuego y mate amargo para beber. Cualquier otra cosa que les hiciera falta podían comprarla en las pulperías. ¿Eran felices sin opulencia? Head tenía la romántica idealización de que sí lo eran, y le resultaban corteses, pues siempre les daban la bienvenida a los extraños que pasaban por allí, y eran fieles a su libertad, por fuera de la ley. Eran “divinamente independientes”.

El naturalista Félix de Azara presentó otra perspectiva; en 1847 describió a los gauchos de las pampas como si fueran tan asquerosos como los cerdos, con viviendas en chozas sin ventanas ni puertas, sin muebles, a excepción de un barril para el agua, cuernos para beber, bancos bajos y algunas pocas ollas y sartenes. Aquellos hombres salvajes se mataban los unos a los otros con la misma soltura que a una vaca, apostaban, se emborrachaban, andaban con los pies descubiertos y no conocían el reloj ni ninguna norma. Azara sí estuvo de acuerdo con Head con respecto a que los caballos eran “todo su deleite”. Su dieta exclusiva de carne los hacía reírse de los europeos, que comían “pasto”. Hudson se encontraba en el medio, no tenía una visión romántica ni tampoco la de un europeo asqueado, era mayormente tolerante.

La primera cabaña de gaucho que visité a caballo fue a comienzos de la década de 1970, cerca del partido de Rauch, tenía dos o tres habitaciones con suelo de barro, pues la vida del gaucho apenas había evolucionado durante el centenar de años que había transcurrido desde Hudson. Aunque podían ser corteses y generosos, aún eran analfabetos. Y, hoy en día, aunque su alfabetización avanzó, un peón agrícola que conozco muy bien apenas sabe leer. Ya sabía acerca de su facón en el cinturón, de que bebían y peleaban, y del arduo trabajo con el ganado desde el amanecer hasta el crepúsculo. Pero, al llegar de Inglaterra, su pobreza fue estremecedora.

Un último lugar que quería visitar en mi búsqueda de rastros de Hudson estaba en Buenos Aires. Había escuchado que Jorge Casares había donado su biblioteca sobre él a la Asocia-

ción Ornitológica del Plata. Jorge provenía de una familia terrateniente y pudiente. Tenía un parentesco con el escritor Adolfo Bioy Casares y con el propietario de mi librería de usados favorita, ubicada en la calle Suipacha y llamada Casares. Él había escrito una biografía breve de Hudson en 1929, publicada en una revista especializada en aves. De manera atípica, se refería a él como W. H. Hudson, a pesar de escribir en español, y fue la primera persona de Argentina que lo tomó en serio como ornitólogo. Fue más adelante cuando el doctor Pozzo reinventó su nombre a Guillermo Enrique.

Después de localizar el sitio web de la renombrada asociación de aves, conocida en la actualidad como Aves Argentinas, tomé un colectivo hacia el sur de la ciudad e ingresé al edificio bastante nuevo ubicado en la calle Matheu. Sin embargo, no era mi día de suerte, ya que no iba a haber bibliotecario durante una semana. Pasado ese tiempo, regresé y me llevaron a ver la planta superior de la biblioteca. Había caído agua por una gotera luego de la última tormenta torrencial veraniega y había charcos en el suelo, pero el joven estudiante de posgrado en reemplazo del bibliotecario me indicó una mesa. Pregunté si debía registrarme o apuntarme con un lápiz, al recordar cómo se leen los manuscritos en la Biblioteca Británica. Él se sorprendió; “No, no se preocupe por eso”, dijo.

Llevaba varias llaves con él, pero ninguna correspondía a la biblioteca, que resultó ser un enorme librero de roble con puertas de vidrio cerradas. Al final, se abrió. Él encontró una escalera para darme y me dejó en soledad, junto con los libros sin catalogar. Es-

taban encuadernados con cuero natural, como era costumbre de los terratenientes, quienes empastaban sus ejemplares con cuero de su propio ganado de raza, en este caso, de Hereford. Casares también les había agregado su ex libris. A medida que sacaba con delicadeza los libros de sus estantes, enseguida noté lo completa que era esa colección.

Después de un tiempo, había llegado al estante superior, que tenía una carpeta de cuero muy grande y abultada. De un modo curioso, era el hallazgo de ensueño de un archivista. Era exactamente lo que estaba buscando. La había donado Philip Gosse, hijo de Edmund, un escritor y amigo de Hudson, y estaba repleta de cuadernillos y fragmentos sueltos: había dos páginas arrancadas de una de las libretas de Hudson, con una caligrafía abominable, una invitación a la inauguración a su homenaje en el parque Hyde, varios números de cuadernillos de la RSPB (Real Sociedad para la Protección de las Aves, por sus siglas en inglés) de Hudson, una conferencia manuscrita que asumo que era del mismo Gosse, dictada en su llegada a Buenos Aires a partir de la invitación de Casares...

Ramiro, el bibliotecario provisorio, notó mi emoción y comentó: “Nunca nadie había venido a esta estantería”. En ese momento, una joven se aproximó, me dio un beso en la mejilla y se sentó a escribir, como si me conociera hacía tiempo y como si siempre me viera allí. Seguí hablando con Ramiro, quien me dijo que era ornitólogo y que estaba estudiando el comportamiento de las aves a través de la genética. “La primera parte de tus estudios tiene que ver con el territorio de Hudson”, le dije (pues él

ignoraba la parte genética), pero el estudiante no tenía un criterio histórico, y tampoco lo tenía la sociedad de aves. Me preguntó si Darwin de veras había muerto debido al mal de Chagas, y le dije lo que sabía y reconocí que yo había publicado sobre ese mismo tema. De alguna manera, en aquella atmósfera tan informal, sentí la presencia de Hudson, ese lamento al final de su vida de que nunca debería haberse ido de Argentina, de que su trabajo era interesante para los científicos ingleses cuando escribía acerca de aves de su país, no de Inglaterra.

W. H. Hudson fue nombrado miembro honorario en el año en que se fundó la Sociedad Ornitológica, en 1916. ¿Acaso le escribieron para informárselo? Era el único miembro de Londres que formaba parte de la lista publicada en la revista de la sociedad, *El Hornero*, en 1917. Pero nadie pudo encontrar allí ningún tipo de correspondencia ni sospechar dónde podría estar guardada. Tanto la sociedad como su revista científica fueron pioneras en Sudamérica. Hudson tenía debilidad por el hornero, por lo que lo citaron en muchos de los primeros artículos científicos. En Argentina, a él lo tomaban en serio como ornitólogo, en vez de como escritor.

También me di cuenta de que el poeta Leopoldo Lugones escribió una sección sobre aves argentinas en el número publicado en diciembre de 1920 de *El Hornero*, del cual tengo la certeza de que Hudson leyó. Él escribió poemas sobre aves individuales y debe haber estudiado su trabajo.

Sentí un deseo de ver si esa colección sin usar de Hudson se podía unir con la que estaba en el museo. Me fui con fotocopias

que no me cobraron, pero resistí con honor la tentación de guardar mis hallazgos.

Sentí que el espíritu de Hudson seguía ahí 140 años después de que hubiera abandonado Buenos Aires: en la choza de Quilmes donde nació, en la escultura de Parodi, en la casa alquilada y la pulpería Las Acacias y en la biblioteca de Aves Argentinas. Pero, para descubrir más acerca de su verdadera presencia, tenía que volver al mundo escrito.

